

12. ¿Cómo describir mis impresiones ante aquel espectáculo tan poético y grandioso? Mi alma presentía las maravillas del cielo... La vida religiosa se me aparecía tal cual es, con sus sujeciones, sus insignificantes sacrificio cotidianos consumados en la oscuridad. Entonces comprendía lo muy fácil que es llegar una a replegarse sobre sí misma y olvidar el fin sublime de su vocación, por lo que pensaba: «Más tarde, cuando me visite la tribulación, y, prisionera en el Carmen, no pueda divisar más que un rinconcito del cielo, me acordaré del espectáculo de que gozan hoy mis ojos; este cuadro me infundirá valor. Pensando en la grandeza y poder de Dios, no daré importancia a mis pequeños intereses; le amaré a El únicamente y no tendré la desgracia de apégarme a insignificancias, ahora que mi corazón vislumbra lo que reserva el Señor a los que le aman».

13. Después de haber contemplado las obras de Dios, pude admirar también las de sus criaturas. La primera ciudad de Italia que visitamos fue Milán. Su catedral de mármol blanco, con sus estatuas, tan numerosas que pueden formar un pueblo, fue objeto de un estudio especial por parte nuestra.

Abandonando Celina y yo a las señoras pusilánimes que a los primeros peldaños del edificio se taparon la cara con las manos, seguimos a los romeros más atrevidos y llegamos a la más alta torrecilla, contemplando a nuestros pies la ciudad entera de Milán, cuyos habitantes parecían hormiguitas. Descendimos de nuestro pedestal y comenzamos una serie de excursiones en coche que debían durar un mes y saciarme para siempre del deseo de dejarme arrastrar sin cansancio.

14. El Campo Santo nos maravilló. Sus estatuas de mármol blanco, a las que el cincel del genio parece haberles comunicado vida, están diseminadas por el vasto cementerio, con cierto descuido que no carece de arte.

Casi se siente uno tentado de consolar a aquellos personajes alegóricos de que se ve rodeado; itan verdadera es su expresión de dolor tranquilo y cristiano! ¡Qué magníficas obras de arte! Aquí un niño que esparce flores en la sepultura de su padre; uno llega a olvidar la pesantez del mármol; los delicados pétalos parecen resbalar entre los dedos del niño. Más allá, el ligero velo de las viudas y las cintas que adornan la cabellera de las jóvenes parecen flotar al capricho del viento.

15. No encontrábamos palabras para expresar nuestra admiración, cuando un caballero *francés*, ya de edad, que nos seguía a todas partes, sintiendo sin duda no poder compartir nuestros sentimientos, exclamó malhumorado: «¡Ah, qué entusiastas son los franceses!» Creo que aquel señor hubiera hecho mejor en quedarse tranquilamente en su casa. En vez de gozar en aquel viaje, no hizo más que quejarse continuamente; de todo estaba descontento; de las ciudades, de los hoteles, de la gente...

Papá, que se encontraba bien en cualquier parte —pues era de índole diametralmente opuesta a la de su desagradable vecino—, intentaba muchas veces alegrarle, ofreciéndole su puesto en el coche y en otras partes, y con su habitual grandeza del alma, mostrábale el lado bueno de las cosas; pero nada lograba disipar el mal humor de aquel hombre. ¡Qué diversidad de personas!, ¡qué estudio tan curioso e interesante ofrece el mundo cuando uno está en vísperas de dejarlo!

* * *

16. En Venecia cambió completamente la decoración. En lugar del tumulto de las grandes ciudades, reina un profundo silencio, interrumpido tan sólo por los gritos de los gondoleros y el murmullo de las ondas agitadas por los remos. A esta ciudad no le faltan atractivos, pero es triste. El mismo palacio de los Dux, con todas sus

magnificencias, es triste. Hace ya mucho tiempo que el eco de sus sonoras bóvedas dejó de repetir la voz de los gobernadores dictando sentencias de vida o muerte en las salas que visitamos. Han dejado ya de sufrir los infelices condenados, enterrados vivos en aquellos oscuros calabozos.

Al visitar aquellas terribles cárceles, me creía transportada al tiempo de los mártires; con júbilo hubiera elegido yo por morada aquel tenebroso asilo, si hubiera sido para confesar mi fe; mas presto la voz del guía me arrancó de mis ensueños, y atravesé el *Puente de los Suspiros*, así llamado a causa de los suspiros de alivio que exhalaban los pobres prisioneros al verse libres del horror de aquellas mazmorras más temidas que la misma muerte.

17. Después de habernos despedido de Venecia, veneramos en Padua la lengua de San Antonio, y más tarde, en Bolonia, el cuerpo de Santa Catalina, cuyo rostro conserva la señal del Niño Jesús.

* * *

18. Con gran alegría me vi en el camino de Loreto. ¡Cuán bien eligió la Santísima Virgen este sitio para depositar su bendita Casa, pues allí todo es pobre, sencillo y primitivo; sus mujeres no han adoptado, como las de las otras ciudades, la moda de París, sino que conservan el airoso traje italiano! Por todos estilos, Loreto me cautivó.

¿Qué diré de la Santa Casa? Una conmoción intensa se apoderó de mí al encontrarme bajo el mismo techo que cobijó a la Sagrada Familia; al contemplar las paredes en que fijó sus divinos ojos Nuestro Señor; al pisar la tierra que regó San José con sus sudores, donde María llevó en sus brazos a Jesús, después de haberle llevado en su seno virginal. Vi el cuartito de la Anunciación. Puse mi rosario en la escudilla del divino Niño: ¡qué dulcísimos recuerdos!

19. Pero nuestro mayor consuelo fue el de recibir a Jesús *en su casa*, viniendo a ser de este modo su templo vivo en el mismo lugar que honró El con su divina presencia. Según la costumbre romana, la Sagrada Eucaristía se guarda en todas las iglesias solamente en un altar, y tan sólo en él la distribuyen los sacerdotes. En Loreto, este altar está en la basílica que encierra la Santa Casa, como un diamante precioso en un estuche de mármol blanco. Esto no nos convenía; en el mismo *diamante* y no en el estuche queríamos recibir el Pan de los Angeles.

Papá, con su habitual mansedumbre, siguió a los peregrinos, mientras que sus hijas, menos sumisas, se encaminaban a la *Santa Casa*. Por especial privilegio, se disponía un sacerdote a celebrar allí la santa Misa; le comunicamos nuestro deseo, y al punto aquel celoso sacerdote pidió dos hostias pequeñas que colocó en su patena. ¡Ya adivinará V. R., Madre mía, la inefable felicidad de aquella comunión! Las palabras son demasiado pobres para poder explicarlas. ¿Qué será, pues, cuando comulgemos eternamente en la morada del Rey de los cielos? Entonces nuestra alegría no tendrá límites, no nos entristecerá el dolor de la separación, no será menester raspar furtivamente, como hicimos, las paredes santificadas por la presencia divina, puesto que su casa será la nuestra por los siglos de los siglos.

No quiere darnos la de la tierra, nos la enseña tan sólo para hacernos amar la pobreza y la vida oculta; pero nos reserva su palacio de gloria en donde se nos mostrará no ya velado bajo la apariencia de un niño o de un pedazo de pan, sino tal cual es, en todo el brillo de su infinito esplendor.

20. Ahora hablaré de Roma, de Roma, en donde esperaba encontrar consuelo, pero en donde hallé cruz. Llegamos de noche; yo, que me había dormido en el vagón, desperté a los gritos de los empleados de la estación,

repetidos con entusiasmo por los peregrinos: -¡Roma! ¡Roma!- ¡No era un sueño: realmente estaba en Roma!

21. El primer día, que tal vez fue el más delicioso, lo pasamos extramuros. En el centro de Roma, en presencia de hoteles y almacenes, se cree uno en París; pero en las afueras, todos los monumentos conservan su sello de antigüedad.

22. Aquella excursión por la campiña romana dejó grabado en mi alma un recuerdo particularmente perfumado. ¡Cómo podré expresar la impresión que me hizo estremecer a la vista del Coliseo? ¡Por fin contemplaban mis ojos aquella arena donde tantos mártires derramaron su sangre por Cristo! Ya me disponía a besar la tierra santificada por sus gloriosos combates; pero, ¡qué decepción!.. El terreno ha sido rellenado, la verdadera arena está sepultada a unos ocho metros de profundidad. A consecuencia de las excavaciones, el centro no es más que un montón de escombros, y una barrera infranqueable impide la entrada. Además, nadie se atreve a internarse en medios de aquellas peligrosas ruinas.

¿Era cosa de llegar a Roma y no bajar al Coliseo? ¡No, de ningún modo! Sin escuchar ya las explicaciones del guía, sólo me embargaba un pensamiento: ¡bajar a la arena!

23. Dice el Santo Evangelio que Magdalena, siempre junto al Sepulcro, e inclinándose repetidas veces para mirar adentro, acabó por ver dos ángeles. A fuerza de inclinarme como ella, también vi yo, no dos ángeles, sino lo que buscaba, por lo que, lanzando una exclamación de alegría, dije a Celina: «Ven, sígueme, podremos pasar». Sin perder un momento, nos lanzamos las dos trepando por las ruinas, que rodaban bajo nuestros pies, mientras papá, admirado de nuestra audacia, nos llamaba de lejos. Pero nosotras nada oíamos ya.

A semejanza de los guerreros que sienten crecer su valor puestos en el peligro, crecía nuestro gozo a proporción de nuestra fatiga y del peligro que afrontábamos para alcanzar el término de nuestros deseos.

24. Celina, más previsora que yo, había escuchado las explicaciones del guía, y recordando que aquél acababa de señalar cierto empedradito en cuadro como el lugar en donde combatían los mártires, se puso a buscarlo. Habiéndolo hallado pronto, nos arrodillamos sobre aquella tierra bendita, confundiéndose nuestras almas en una misma plegaria... Mi corazón latía violentamente cuando acerqué mis labios al polvo enrojecido con la sangre de los primeros cristianos. Imploré la gracia de ser también mártir por Jesús, y sentí en lo íntimo de mi corazón que era atendida mi petición.

Todo esto duró muy poco tiempo. Después de recoger algunas piedrezuelas, deshicimos el peligroso camino ya andado. Al vernos tan contentas, papá no tuvo valor para reprendernos; y aun conocí que se sentía orgulloso de nuestro valor.

* * *

25. Después del Coliseo, visitamos las Catacumbas. Allí Celina y Teresa encontraron modo de acostarse juntas en el fondo del antiguo sepulcro de Santa Cecilia y coger un puñado de tierra santificado por sus benditas reliquias.

Antes de aquel viaje, no sentía yo ninguna devoción particular por dicha santa; pero al visitar su casa y el lugar de su martirio, al oírla proclamar «reina de la armonía» por razón del canto virginal que dejó oír en lo íntimo de su corazón a su celestial Esposo, sentí por ella algo más que devoción; verdadera ternura de amiga. Llegó a ser mi santa predilecta, mi confidente íntima. Lo que más me cautivaba de ella era su completa entrega de sí misma

y su ilimitada confianza en Dios, que la hicieron capaz de *virginizar a almas* que jamás ambicionaron otra cosa a la esposa de los Cantares; veo en ella *un coro músico en medio de un campamento de ejército*. Toda su vida fue un canto melodioso, aun en medio de las mayores atribuciones; y esto no lo extraño, puesto que *el Santo Evangelio reposaba en su pecho*, y en su corazón descansaba el Esposo de las vírgenes.

26. Muy grata fue también para mí la visita a la iglesia de Santa Inés; me encontré allí con una amiga de la infancia. Intenté, pero sin ningún resultado, obtener una reliquia suya para llevársela a mi madrecita Inés de Jesús. Me la rehusaron los hombres, pero Dios intervino; despegóse una piedrecita de mármol rojo, de un rico mosaico cuyo origen se remonta al tiempo de la dulce mártir, y vino a caer a mis pies. ¿Qué encanto, verdad? Santa Inés me daba ella misma un recuerdo de su casa.

* * *

27. Invertimos seis días contemplando las principales maravillas de Roma, y el séptimo vi la mayor de todas: *León XIII*. Deseaba y temía al propio tiempo que llegara ese día; de él dependía mi vocación, pues no habiendo recibido respuesta alguna del señor Obispo, el permiso del Padre Santo era mi única tabla de salvación. Mas para obtenerlo era menester pedirlo; tenía que *atreverme a hablar con el Papa*, y esto en presencia de varios cardenales, arzobispos y obispos. Sólo de pensarlo, me estremecía.

28. El domingo 20 de noviembre, por la mañana, entramos en el Vaticano en la capilla del Sumo Pontífice. A las ocho asistimos a la Misa que celebraba el Papa; la ardiente piedad con que celebró el Santo Sacrificio, piedad digna del Vicario de Cristo, nos mostró que verdaderamente era el *Padre Santo*.

29. En el Evangelio de aquel día se leían aquellas encantadoras palabras: «No temas, pequeño rebaño, porque ha sido del agrado de mi Padre daros su reino». Y mi corazón se entregaba a la más viva confianza. No, nada temía, esperaba que el reino del Carmen me pertenecería muy pronto. No tomaba entonces a cuenta estas otras palabras de Jesús: «Os preparo mi reino como mi Padre me lo preparó a mí». Es decir, os reservo cruces y tribulaciones, de esta manera, llegaréis a ser dignos de poseer mi reino. «Ha sido necesario que Cristo padeciese antes de entrar en su gloria». «Si deseáis tomar asiento a su lado, bebed el cáliz que bebió El mismo».

30. Concluida la Misa de acción de gracias, que siguió a la de Su Santidad, comenzó la audiencia.

Hallábase sentado León XIII en un sillón elevado, y le rodeaban en pie los prelados y otros altos dignatarios eclesiásticos. Vestía sencillamente sotana blanca y muçeta del mismo color. Según el ceremonial, cada romero se arrodillaba por turno; besaba primero el pie, luego la mano del augusto Pontífice, y recibía su bendición; después dos guardias nobles tocaban con el dedo al peregrino, advirtiéndole así que se levantase y pasara a otra sala para dejar sitio al siguiente.

31. A pesar de que nadie decía una palabra, yo estaba decidida a hablar, cuando de pronto el Rdo. Sr. Révérony, que se hallaba a la derecha de Su Santidad, nos hizo advertir muy claro *que prohibía terminantemente hablar al Santo Padre*; volvíme a Celina, interrogándola con la mirada; mi corazón latía con violencia... «¡Habla!», me dijo mi hermana. Un instante después, me encontré a los pies del Papa. Después de besar su sandalia, me presentó la mano. Entonces, levantando hacia él mis ojos llenos de lágrimas, le supliqué en estos términos:

«Santísimo Padre, tengo que pedir a Vuestra Santidad una gracia muy grande».

Inclinó al instante su cabeza hasta mí, tocando su rostro casi al mío; hubiérase dicho que sus negros y profundos ojos querían penetrar hasta los más íntimo de mi alma.

«Santísimo Padre –le repetí–; en honor de su Jubileo, permítame *Vuestra Santidad* entrar en el Carmen a la edad de quince años!»

Sorprendido y contrariado el Vicario General de Bayeux intervino al punto diciendo:

«Santísimo Padre, es una niña que desea abrazar la vida del Carmen; actualmente los superiores examinan la cuestión».

«Pues bien, hija mía –me dijo Su Santidad–, haz lo que decidan los superiores».

Cruzando entonces las manos y apoyándolas en sus rodillas, tenté el último esfuerzo:

«Oh, Santísimo Padre, si *Vuestra Santidad* dijera que sí, nadie se opondría».

El Santo Padre me miró fijamente y pronunció estas palabras, recalcando cada sílaba con tono penetrante:

«*Vamos... Vamos; entrarás si es la voluntad de Dios*».

Deseaba interceder otra vez, pero dos guardias nobles me invitaron a levantarme. Viendo que esto no bastaba, tomáronme por los brazos, ayudándoles a levantarme el señor Révérony, pues yo permanecía todavía con las manos juntas apoyadas sobre las rodillas del Papa. En el momento en que me llevaban de esta manera, el buen Padre Santo puso suavemente la mano en mis labios y, después levantándola para bendecirme, me siguió largo rato con la vista.

32. Papá se apenó mucho al ver lo llorosa que salía yo de la audiencia: como él había pasado antes que yo, no sabía nada de mi gestión. El Vicario General se había mostrado con él en extremo amable, presentándole a León XIII como padre de dos carmelitas, y el Soberano Pontífice, en signo de particular benevolencia, había

puesto la mano sobre su venerable cabeza, como si le marcarse con el misterioso sello en nombre del mismo Cristo.

¡Ah! Ahora que está en el cielo este padre de *cuatro* carmelitas no es ya la mano del representante de Jesús la que se posa en su frente, profetizándole el martirio, sino la del Esposo de las vírgenes, del Rey de los cielos, y nunca jamás se retirará esta mano divina de la frente que ha glorificado.

33. Grande era mi prueba, pero como había hecho absolutamente todo lo que dependía de mí para responder al llamamiento de Dios, debo confesar que, a pesar de mis lágrimas, experimentaba en el fondo de mi corazón grandísima paz. Con todo, esta paz residía en lo íntimo; la amargura llenaba mi alma hasta los bordes... Y Jesús callaba... Parecía ausente; nada me revelaba su presencia.

34. Aquel día *tampoco se atrevió a brillar el sol*; el bellissimo cielo azul de Italia, cargado de oscuras nubes, no cesó de llorar conmigo. ¡Ah, todo estaba concluido! El viaje no tenía ya ningún atractivo a mis ojos, puesto que había hallado su fin. Sin embargo, las últimas palabras del Santo Padre hubieran debido consolarme como una verdadera profecía. En efecto, a pesar de todos los obstáculos, *se ha realizado lo que Dios ha querido*; no ha permitido que sus criaturas hicieran lo que querían, sino su voluntad.

35. Hacía ya algún tiempo que me había ofrecido al Niño Jesús para ser su juguete. Háblele rogado que no se sirviera de mí como de un juguete de valor, al cual se contentan con mirar los niños sin atreverse a tocarlo, sino como de una pequeña pelota sin valor alguno, que podía tirar al suelo, empujar con el pie, *taladrarla*, abandonarla en un rincón, o bien estrecharla contra su cora-

zón, si en ello hallaba placer. En una palabra: *Quería divertir al Niño Jesús, y entregarme a sus caprichos infantiles.*

Acababa de atender a mi ruego. En Roma *taladró* Jesús su juguete... *sin duda para ver lo que había dentro...*; luego, satisfecho de su descubrimiento, dejó caer su pelotita y se durmió. ¿Qué hizo durante su dulce sueño, y qué fue de la pelota abandonada? Soñó Jesús que seguía jugando con ella, que ahora la cogía, ahora la dejaba, que la arrojaba rodando muy lejos y finalmente, la estrechaba contra su Corazón, y su manita no volvía a soltarla jamás.

¡Ya comprende V. R., Madre mía, la tristeza de la pelotita al verse en el suelo! A pesar de ello no dejaba de esperar contra toda esperanza.

* * *

36. Pocos días después del 20 de noviembre, fue a visitar mi padre al venerado Hermano Simeón, director y fundador del Colegio de San José. Como se encontrase allí con el señor Révérony, le reprochó amablemente el que no le hubiera ayudado en su difícil empresa; después le refirió la historia al buen Hermano Simeón. Escuchóla el venerable anciano con mucho interés, y aun tomó notas del asunto, exclamando conmovido: «¡No se ve esto en Italia!»

37. Al siguiente día de la memorable audiencia, debimos partir con dirección a Nápoles y Pompeya. El Vesubio disparó en honor nuestro numerosos cañonazos, dejando escapar de su cráter espesa columna de humo. Las huellas que dejó en Pompeya son horribles, demostrando el poder de Dios que *hace temblar la tierra sólo con mirarla, y reduce a cenizas las montañas tocándolas solamente.* Mucho me hubiera gustado discurrir sola por aquellas ruinas, meditando la fragilidad de las cosas hu-

manas, pero no había que pensar en semejante soledad.

38. En Nápoles hicimos una magnífica excursión al convento de San Martín, situado en una elevada colina que domina la ciudad entera. Pero a la vuelta se desbocaron nuestros caballos; y sólo a la protección de nuestros ángeles custodios atribuyo el haber llegado sanos y salvos a nuestro espléndido hotel. No es exagerada la palabra *espléndido*, pues en el transcurso de nuestro viaje nos alojamos en hoteles verdaderamente regios; nunca me había visto rodeada de tanto lujo. Así sí que podría decirse que la riqueza no constituye la felicidad. Mil veces más dichosa me hubiera hallado bajo el pobre techo de paja, con la esperanza de poder entrar en el Carmen, que junto a aquellos dorados artonados, a aquellas escaleras de mármol, aquellos ricos tapices de seda, con la amargura en el corazón.

¡Ah! Bien lo experimenté, no se encuentra la alegría en los objetos que nos rodean; reside en lo más íntimo del alma. Lo mismo podemos gozar de ella en las profundidades de una oscura cárcel, que en un palacio real. Así es que, aun en medio de las pruebas exteriores e interiores soy más feliz en el Carmen que en el mundo, donde nada me faltaba, particularmente las dulzuras del hogar paterno.

39. Aunque estuviese sumida mi alma en la más profunda tristeza, exteriormente era la misma pues me hallaba persuadida de que todos ignoraban mi petición al Padre Santo. Pronto pude convencerme de lo contrario. Un día en que me quedé en el tren sola con Celina, mientras bajaban los peregrinos a la fonda, vi asomarse a la portezuela de nuestro coche a Monseñor Legoux. Después de mirarme detenidamente, me dijo sonriendo: «¿Qué tal? ¿Cómo está nuestra pequeña Carmelita?» Comprendí entonces que toda la peregrinación sabía mi secreto; de ello acabé de cerciorarme por ciertas miradas de simpatía; pero afortunadamente nadie me habló de ello.

40. En Asís me ocurrió una pequeña aventura. Después de haber visitado los lugares embalsamados por las virtudes de San Francisco y de Santa Clara, perdí en el monasterio la hebilla de mi cinturón. Pasó algún tiempo mientras la buscaba y la adaptaba otra vez a la cinta; cuando me presenté en la puerta, todos los coches habían desaparecido excepto uno: el del Vicario General de Bayeuxi ¿Echaría a correr tras los coches que ya no se divisaban, exponiéndome así a perder el tren, o pediría un sitio en la carretela del señor Révérony? Opté por esto último, como lo más prudente.

41. Procurando parecer muy poco apurada, a pesar de mi gran apuro, le expuse mi crítica situación metiéndole a él mismo en un apuro, pues todos los asientos de su coche estaban ocupados; pero uno de aquellos señores se apresuró a bajar, y ofreciéndome su puesto, sentóse modestamente al lado del cochero.

Parecía yo una ardilla cogida en una trampa. Verdaderamente, sentíame intimidada en medio de aquellos grandes personajes, y justamente frente a frente *del más temible* de todos; pero él estuvo sumamente amable conmigo, interrumpiendo de vez en cuando la conversación para hablarme del Carmen, prometiéndome que haría cuanto estuviera en su mano para realizar mi deseo de entrar a los quince años.

42. Este encuentro fue un bálsamo para mi herida, sin que por ello me impidiera padecer. Había perdido ya toda confianza en las criaturas, y sólo podía hallar en Dios mi sostén.

Sin embargo de esto, mi tristeza no era obstáculo que me impidiera interesarme vivamente por los santos lugares que visitábamos. En Florencia me complació mucho contemplar a Santa Magdalena de Pazzis, en medio del coro de las Carmelitas. Todos los romeros querían tocar con sus rosarios el sepulcro de la Santa; pero sólo mi

mano fue bastante pequeña para pasar por los agujeros de la reja. Por tanto, fui yo encargada de tan noble empleo, que duró un buen rato y me dejó muy ufana.

43. No era aquélla la primera vez que gozaba de privilegios. En Roma, en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, veneramos varios fragmentos de la verdadera Cruz, dos espinas y uno de los sagrados clavos. A fin de contemplarlos a mi placer, procuré quedarme la última; y cuando el religioso encargado de aquellos preciosos tesoros se disponía a depositarlos de nuevo en el altar, le pregunté si podría yo tocarlos. Me respondió afirmativamente, pareciendo dudar de que lo consiguiera; pasé entonces mi dedo meñique por una abertura del relicario, y logré tocar el clavo precioso que fue bañado en la sangre de Jesús. Fue mi conducta la de una niña que cree serle todo permitido y mira los tesoros de su padre como si fueran suyos.

44. Después de pasar por Pisa y Génova, volvimos a Francia, haciendo el más espléndido de los recorridos. Unas veces costeábamos el mar, tan próximo a él, que en cierta ocasión, a consecuencia de una tempestad, parecía que las olas iban a alcanzarnos. Otras veces atravesábamos llanuras cubiertas de naranjos, olivos y airovas palmeras; de noche, los numerosos puertos de mar aparecían iluminados con brillantes luces, mientras brillaban las primeras estrellas en el firmamento azulado. Veía desvanecerse aquel fantástico cuadro sin ningún sentimiento; mi corazón aspiraba a otras maravillas.

45. Me propuso luego papá otro viaje a Jerusalén; pero no obstante el atractivo natural que me impulsaba a visitar los lugares santificados por el paso de nuestro Señor, estaba cansada de las peregrinaciones de la tierra, no deseando ya sino las bellezas del cielo, y para procurárselas a las almas, quería verme prisionera cuanto antes.

Por desgracia, mucho me quedaba todavía que luchar y padecer antes de que me abrieran las puertas de mi bendita prisión; mas no por eso desmayaba mi confianza, y esperaba entrar el 25 de diciembre, día de Navidad.

* * *

46. Apenas llegados a Lisieux, nuestra primera visita fue al Carmen. ¡Qué entrevista aquélla! ¿Se acuerda, Madre mía? Me puse completamente en sus manos pues por mi parte había agotado ya todos los recursos. Me dijo V. R. que escribiera al Ilmo. señor Obispo recordándole su promesa. Obedecí sin tardanza, y puesta ya la carta en el correo, creí que muy pronto recibiría el deseado permiso. Mas, ¡ay!, cada día que pasaba me traía nuevo desengaño. Llegó la hermosa fiesta de Navidad, y Jesús continuaba durmiendo. ¡Dejó en tierra su pelotita, sin dirigirle siquiera una mirada!

47. Muy grande fue aquella prueba; pero Aquel cuyo Corazón está siempre en vela, me enseñó que otorga sus milagros en favor de un alma cuya fe no es mayor que un granito de mostaza, a fin de robustecer aquella fe tan pequeña, pero que para sus íntimos, para su Madre, no hizo ningún milagro hasta haber probado su fe. ¿No dejó morir a Lázaro, a pesar de que Marta y María le habían enviado a decir que estaba enfermo? Cuando le pidió la Virgen en las bodas de Caná que socorriera al dueño de la casa, ¿no le contestó que su hora no había llegado todavía? Pero ¡cómo les recompensó, después de probarlas! El agua se convirtió en vino, Lázaro resucitó. Del mismo modo procedió el Amado Divino con su Teresita; después de probarla largo tiempo, colmó todos sus deseos.

* * *

48. Como aguinaldo del 1.º de enero de 1888, Jesús me regaló también su cruz; pues la M. María de Gonzaga me escribió que desde el 28 de diciembre *fiesta de los Santos Inocentes*, tenía en su poder la respuesta de Su Ilustrísima, en la cual se autorizaba mi entrada inmediata; pero que, a pesar de todo, estaba resuelta a no recibirme hasta después de la Cuaresma. No pude contener mis lágrimas a la idea de tan largo plazo. Esta prueba revistió para mí un carácter muy especial; por una parte veía rotas las ligaduras que me ataban al mundo, y por otra el Arca Santa rehusaba acoger a la pobre palomita.

49. ¿Cómo transcurrieron aquellos tres meses, tan prodigiosos en padecimientos para mi alma, pero más aún en toda clase de gracias? Primeramente, me vino al pensamiento llevar una vida más holgada y menos regulada que de costumbre; luego, Dios me dio a entender lo beneficioso que podía serme el tiempo que me ofrecía, y resolví entregarme más que nunca a una vida seria y mortificada.

Al decir mortificada, no entiendo que hiciera las penitencias de los santos. Estaba muy lejos de asemejarme a las hermosas almas que practican desde la infancia todo género de mortificaciones; las mías consistían únicamente en quebrantar mi voluntad en retener una palabra de réplica, en hacer en torno mío insignificantes servicios, sin encarecerlos, y otras mil cosillas por el estilo. Con la práctica de estas pequeñeces me preparaba a desposarme con Jesús, y no me fue posible decir hasta qué punto hizo aumentar este retraso mi resignación a la voluntad de Dios, mi humildad y demás virtudes.

CAPITULO VII

ENTRADA DE TERESITA EN EL ARCA SANTA PRIMERAS TRIBULACIONES. LOS ESPONSALES DIVINOS NIEVE. UN GRAN DOLOR

1. El lunes, 9 de abril de 1888, fue elegido para mi entrada. En ese día se celebraba en el Carmelo la fiesta de la Anunciación, trasladada por causa de la Cuaresma. La víspera nos hallábamos todos reunidos en la mesa de familia en donde había de sentarme por última vez. ¡Qué desgarradoras son esas despedidas! En aquellos momentos, en los que desearía una verse olvidada de todo el mundo, es cuando salen de todos los lados las más tiernas palabras, como para hacer sentir con mayor fuerza el sacrificio de la separación.

2. Por la mañana, después de haber contemplado por última vez los Buissonnets, aquel gracioso nido de mi infancia, me encaminé al Carmen. Rodeada, como la víspera, de todos mis queridos parientes, asistí a la Santa Misa. Cuando Jesús bajó a sus corazones, en el momento de la Comunión, no oí más que sollozos a mi alrededor. Yo no derramé lágrimas, pero mi corazón latía con tal violencia al dirigirme la primera a la puerta de la clausura, que me preguntaba si no iba a morirme. ¡Ah, qué momento aquél! ¡qué agonía! Es necesario haber pasado por ella para comprenderla.

3. Abracé a todos los míos, y me puse de rodillas ante

mi padre para recibir su bendición. Arrodillóse él también y me bendijo llorando. Debieron sonreír los ángeles al espectáculo de aquel anciano ofreciendo al Señor su hija todavía en la primavera de la vida. Se cerraron por fin las puertas del Carmen detrás de mí... y allí recibí los abrazos de las hermanas queridas que me habían hecho de madre, y los de una nueva familia, cuya ternura y abnegación ni siquiera sospechaba el mundo.

4. Por fin, pues, se habían realizado mis deseos; inundaba mi alma una paz tan dulce y profunda, que me sería imposible expresarla. Desde hace ya ocho años y medio esta paz íntima es mi herencia; no me ha abandonado, ni aun en medio de las mayores pruebas.

5. Todo me pareció admirable en el convento; me creía trasladada a un desierto; nuestra celdita especialmente me embelesaba. Con todo, mi alegría era apacible; ni el más ligero céfiro hacía ondular las tranquilas aguas en las cuales bogaba mi barquilla. Ninguna nube oscurecía el azulado cielo de mi alma; me juzgaba plenamente recompensada de todas mis tribulaciones, y con qué profundo júbilo repetía en mi interior: «¡Ya estoy aquí para siempre!»

Semejante felicidad no era efímera; tampoco debía desvanecerse con las ilusiones de los primeros días. ¡Las ilusiones! Dios, en su misericordia, me ha preservado de ellas. Encontré la vida religiosa tal como me la había figurado; ningún sacrificio me ha sorprendido, y, bien lo sabe V. R., Madre mía, con más espinas que rosas tropezaron mis primeros pasos.

6. Primeramente sólo alimentaba mi alma el pan cotidiano, de una sequedad amarga. Después permitió el Señor que me tratase nuestra Madre con extrema severidad, aun sin darse cuenta. No podía encontrarla sin que me reprendiera. Recuerdo que una vez me dejé en el claustro una telaraña, me dijo delante de toda la Comu-

nidad: «Bien se ve que nuestros claustros están barridos por una niña de quince años! ¡Es una lástima! Vaya a quitar esa telaraña, y en lo sucesivo sea más cuidadosa». En las raras direcciones que me concedía, casi la hora entera que permanecía a su lado se pasaba riñéndome; y lo que más pena me daba era el que no atinase yo a entender el modo de corregirme mis defectos, como mi lentitud y poca diligencia en los oficios.

7. Pensé un día que sin duda desearía nuestra Madre que empleara yo en el trabajo las horas de tiempo libre, que de ordinario se consagran a la oración, y me puse a coser sin levantar cabeza; pero como quería ser fiel y obrar tan sólo bajo la mirada de Jesús, nadie lo supo jamás.

8. Durante el tiempo de mi postulanteo, me enviaba nuestra madre, cada tarde a las cuatro y media, a escardar el jardín; esto me costaba muchísimo, tanto más cuanto tenía la seguridad de encontrar en el camino a la Madre María de Gonzaga. En una de esas ocasiones, me dijo: «¡Pero, Señor, si esta niña no hace absolutamente nada! ¿Qué puede esperarse de una novicia a la que es preciso enviar a paseo cada día?» Y en todas las circunstancias obraba conmigo de esta manera.

9. ¡Ay, amada Madre mía, cuántas gracias doy a Dios por la tan sólida y preciosa educación que me ha sido dada! ¡qué gracia inapreciable! ¿qué hubiera sido de mí, si, como creían los seglares, hubiera sido yo la *niña mimada* de la Comunidad? Tal vez en lugar de ver a Nuestro Señor en mis superiores, hubiera considerado solamente la criatura, y mi corazón, tan bien guardado en el mundo, se hubiera apegado humanamente en el claustro. Por fortuna, me vi preservada de esta verdadera desgracia.

10. Sí, puedo decirlo; no solamente por lo que acabo

de relatar, sino por otros sufrimientos aún más sensibles, el dolor me salió al encuentro a mi entrada en el Convento y lo abracé con amor. Vine al Carmen, según declaré en el examen que precedió a mi profesión, *para salvar almas, y, sobre todo, para rogar por los sacerdotes*. Cuando se persigue un fin, necesario es poner los medios para alcanzarlo, y habiéndome dado a entender Dios Nuestro Señor que en cambio de la cruz, me concedería muchas almas, cuanto más se multiplicaran estas cruces, mayor era mi deseo de padecer. Durante cinco años caminé por esta senda; pero únicamente yo lo sabía. Esta es cabalmente la flor ignorada que deseaba ofrecer a Jesús, flor cuyo aroma no se exhala sino en dirección al cielo.

11. A los dos meses de mi entrada en el claustro, el Rdo. Padre Pichon quedó verdaderamente sorprendido de la acción de Dios en mi alma; pero creía que mi fervor era verdaderamente infantil, y muy suave el camino que seguía. Mi entrevista con aquel buen Padre me hubiera servido de gran consuelo, a no ser tan excesiva la dificultad que tenía en franquearme con nadie. A pesar de ello, hice con él mi confesión general, después de la cual me dijo estas palabras: «En presencia de Dios, de la Virgen Santísima, de los ángeles y de todos los santos, declaro que jamás ha cometido V. un pecado mortal; agradezca al Señor lo que le ha concedido gratuitamente, sin mérito alguno de su parte».

¡Sin mérito alguno por mi parte! ¡Ah, no me costaba creerlo! Sabía lo muy débil e imperfecta que era, y rebo-saba de gratitud mi corazón. Hasta aquel día había vivido atormentada con el temor de haber manchado la blanca vestidura de mi inocencia bautismal; pero aquella afirmación salida de los labios de un director tal como lo deseaba nuestra Madre Santa Teresa, es decir «que juntase la ciencia a la virtud», me parecía venir del mismo Dios. Me dijo también aquel buen Padre: «Hija mía, sea siempre nuestro Señor su propio Superior y Maestro de novi-

cios». Lo fue, en efecto, y también mi *Director*. No quiero decir con esto que cerrase mi alma a mis superiores; por lo contrario, lejos de ocultarles mis disposiciones, he procurado ser siempre para ellos un libro abierto.

12. Nuestra Maestra era de veras una santa, el tipo acabado de las primeras carmelitas; yo no me apartaba de su lado ni un momento, pues me enseñaba a trabajar. No tengo palabras para expresar la gran bondad que usó siempre conmigo; la amaba, la apreciaba, y, sin embargo de esto, no se desahogaba con ella mi alma. No sabía cómo explicar lo que sentía en mi interior, faltábanme palabras para expresarme; por esto, la dirección espiritual constituía para mí un suplicio, un verdadero martirio.

Una de nuestras antiguas religiosas pareció comprender un día el estado de mi alma, por lo que me dijo en la recreación:

—Hijita mía, me parece que Vuestra Caridad no debe tener gran cosa que decir a sus superiores.

—¿Por qué piensa esto, Madre mía?

—Porque su alma es en extremo sencilla; pero cuando llegue a la perfección, lo será más aún, porque cuanto más se acerca una a Dios, tanto más se simplifica.

Tenía razón la buena Madre; a pesar de esto, la gran dificultad que experimentaba en descubrirme a mis superiores, aunque provenía de mi sencillez, no dejaba de ser para mí una verdadera tribulación. Al presente, sin haber perdido aquella sencillez, expreso mis sentimientos con mucha facilidad.

13. Dije que fue Jesús mi director. Apenas el Rdo. P. Pichon comenzó a cuidarse de mi alma, le mandaron sus superiores al Canadá. Reducida entonces a recibir solamente una carta al año, la florecita transplantada al Monte Carmelo volvióse al punto al Director de los directores, y se abrió a la sombra de la Cruz, con el rocío

de sus lágrimas y de su divina sangre, el calor del radiante sol de su adorable Faz.

14. Hasta entonces no había sondeado los tesoros ocultos en la santa Faz; mi *Madrecita* fue la que me enseñó a conocerlos. Como había precedido en el Carmen a sus tres hermanas, así también había penetrado primero los misterios de amor ocultos en el Rostro de nuestro Esposo. Entonces me los descubrió ella y yo comprendí... comprendí como nunca lo que es la verdadera gloria. Aquel *cuyo reino no es de este mundo* me enseñó que la única realeza apetecible consiste en *querer ser ignorado y tenido por nada* en poner su gozo en el desprecio de sí mismo. A semejanza de Jesús, quería yo que *mi rostro permaneciese escondido a todas las miradas, que nadie se conociera en la tierra*; tenía sed de padecer y de ser olvidada.

15. ¡Qué misericordioso es el camino por donde me ha conducido siempre el divino Maestro! Nunca me inspiró el deseo de alguna cosa sin luego dármele; por esto su amargo cáliz me ha parecido siempre delicioso.

* * *

16. A fines de mayo de 1888, después de la hermosa fiesta de la profesión de María, nuestra *hermana mayor*, a quien Teresita, *el Benjamín*, tuvo el privilegio de coronar de rosas el día de sus místicas nupcias, volvió la aflicción a visitar mi familia. Desde el primer ataque de parálisis que sufrió nuestro padre, veíamos que se fatigaba con mucha facilidad. Durante el viaje a Roma, noté a menudo que su fisonomía expresaba agotamiento de fuerzas y padecimiento. Pero lo que más llamaba la atención eran sus admirables progresos en el camino de la santidad; había llegado a dominar completamente su na-

tural viveza, por lo cual las cosas de la tierra no hacían mella alguna en él.

Permítame V. R., Madre mía, que a propósito de esto cite un pequeño ejemplo de su virtud.

17. Durante nuestra romería se les hacía muy largo a los viajeros el tener que pasar en el tren los días con sus noches, por lo cual, para distraerse, organizaban partidas de naipes, que muchas veces degeneraban en tempestuosas disputas. Cierta día nos invitaron a tomar parte en aquel juego, pero rehusamos alegando nuestra ignorancia en tal materia; el tiempo no nos parecía largo como a ellos, sino demasiado corto para admirar a nuestro sabor los magníficos panoramas que nos presentaba el paisaje. Esto desagradó a los viajeros, y así lo dieron a conocer; entonces, tomando nuestro buen padre sosegadamente la palabra, salió en defensa nuestra, dejando entender, que como estábamos en romería, no era bastante el tiempo consagrado a la oración.

Olvidando uno de los jugadores el respeto debido a las canas, exclamó sin reflexionar: «¡Por suerte, no abundan los fariseos!» Papá no replicó ni una palabra, hasta se mostró santamente alegre, y poco después se dio traza para estrechar la mano de aquel caballero, acompañando esta hermosa acción con una palabrita de amable cortesía que daba a entender que no había oído el insulto, o al menos que lo había olvidado.

Además, sabe muy bien V. R., Madre mía, que no empezó aquel día a perdonar; pues según testimonio de mamá y de todos los que le conocieron, jamás pronunció una sola palabra contra la caridad.

Su fe y su generosidad eran también a toda prueba. He aquí en qué términos anunció mi partida a uno de sus amigos: «Ayer entró en el Carmen Teresita, mi reinecita. Sólo Dios puede exigir semejante sacrificio; pero El me ayuda tan generosamente, que, en medio de mis lágrimas, rebosa el corazón de alegría».

18. Este fiel servidor merecía una recompensa digna de sus virtudes, y él mismo la pidió al Señor. ¡Oh, Madre mía!, bien recordará V. R. el día en que nos dijo en el locutorio: «Hijas mías, vengo de Alenzón, en cuya iglesia de Nuestra Señora ha recibido tan grandes gracias y consuelos, que he hecho esta oración: «¡Esto es demasiado! ¡Dios mío, sí, soy demasiado feliz, no es posible ir al cielo de este modo, quiero sufrir algo por Vos! Y me he ofrecido como...» La palabra *víctima* expiró en sus labios; no se atrevió a pronunciarla delante de nosotras, pero la adivinamos.

Por fin irecordará, Madre mía, todas nuestras amarguras! Aquellos desgarradores recuerdos, no necesito describirlos detalladamente...

19. Entre tanto llegó el tiempo de mi toma de hábito. Habiéndose repuesto nuestro buen padre, contra toda esperanza, de un segundo ataque, fijó su Excelencia Ilustrísima la ceremonia para el 10 de enero. ¡Muy larga había sido la espera, pero qué hermosa fue también la fiesta! Nada faltaba, ni siquiera *la nieve*.

¿Le he hablado, Madre mía, de mi predilección por la nieve? Desde muy niñita me embelesaba su blancura. ¿De qué provenía esta afición por la nieve? Quizá que siendo una florecita de invierno, aquel nítido manto fue el primer adorno con que mis ojos infantiles vieron engalanada la tierra. Deseaba, pues, que la naturaleza vistiera como yo de blanco el día de mi toma de hábito; pero perdí toda esperanza de que así fuera, pues la temperatura era tan templada la víspera, que podía creerse uno en primavera. El día 10 amaneció lo mismo; renuncié, pues, a aquel irrealizable deseo de niño, y salí del convento.

20. Papá, que me esperaba a la puerta de la clausura, vino a mi encuentro, y con los ojos llenos de lágrimas me estrechó contra su corazón, diciendo: ¡Ah, he aquí mi rei-

necita! Y ofreciéndome luego el brazo, entramos solemnemente en la capilla. ¡Aquel día fue su triunfo, su última fiesta en la tierra! Había presentado ya todas sus ofrendas; su familia entera pertenecía a Dios. Porque al confiarle Celina que más tarde abandonaría también el mundo para entrar en el Carmen, aquel incomparable padre le contestó, arrobado de júbilo: «Ven, vamos juntos a postrarnos ante el Santísimo Sacramento para darle gracias al Señor por los favores que concede a nuestra familia y por el honor que me dispensa escogiéndose esposas en mi casa. Sí, muy grande es el honor que me hace Dios, pidiéndome mis hijas, y si algo mejor poseyera, me apresuraría a ofrecérselo». ¡Este *algo mejor* era él mismo! *El Señor le recibió como una hostia de holocausto, probándolo como el oro en el crisol, y hallándose digno de él.*

* * *

21. Al volver a entrar en el convento, después de terminada la ceremonia exterior, entonó Su Excelencia Ilustrísima el *Te Deum*; un sacerdote le observó que aquel himno solamente se cantaba en las procesiones; pero ya estaba dado el impulso, y el cántico de acción de gracias continuó hasta el final. ¡Tenía que ser completa aquella fiesta, puesto que resumía todas las demás!

22. Al poner el pie en la clausura, mi primera mirada fue para mi lindo Niño Jesús, que me sonreía rodeado de flores y luces. Volvíme luego hacia el patio, y lo vi *completamente cubierto de nieve*. ¡Oh, suave fineza de Jesús que colmando todos los deseos de su pequeña desposada le daba la nieve! ¿Qué mortal, por muy poderoso que sea, es capaz de hacer caer del cielo un solo copo de nieve para embelesar a su amada?

Todos consideraron aquella nevada como suceso extraordinario, pues lo benigno de la temperatura no la hacía presentir; después he sabido que muchas personas, enteradas de mi deseo, comentaban muy a menudo el *pe-*

queño milagro de mi toma de hábito, encontrando muy singular mi afición por la nieve... ¡Tanto mejor! Esto hace resaltar más aún la incomprensible condescendencia del Esposo de las vírgenes, el Amador de las azucenas blancas como la nieve.

23. Su Excelencia Ilma. entró después de la ceremonia y me colmó de sus paternas bondades; me recordó delante de todos los sacerdotes que le rodeaban mi visita a Bayeux y mi viaje a Roma, sin olvidar el detalle del *moño*; y tomándome la cabeza entre sus manos me acarició largo rato. Nuestro Señor me hizo pensar entonces, con inefable dulzura, en las caricias que presto me prodigará El, ante la asamblea de los santos, y este consuelo vino a ser para mí como un goce anticipado de la gloria celestial.

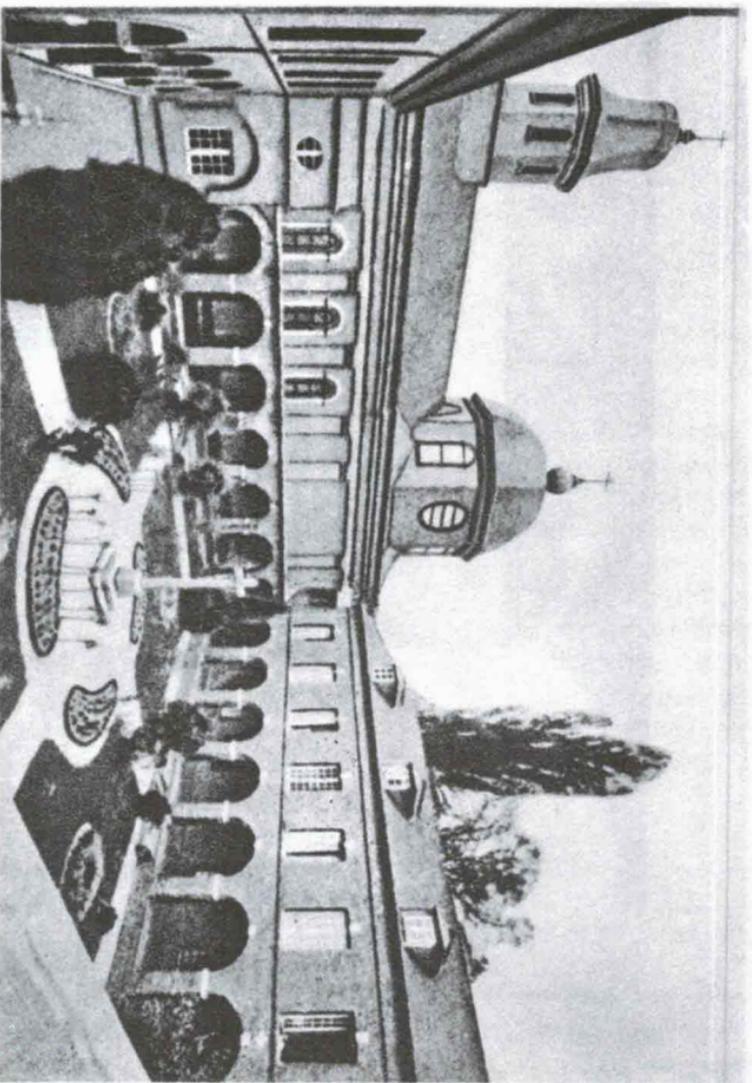
24. Según acabo de decir, el día 10 de enero fue el triunfo de nuestro buen padre; compara esta fiesta a la entrada de Jesús en Jerusalén el domingo de Ramos.

A ejemplo de la de nuestro divino Maestro, aquella gloria fue seguida de una dolorosa pasión; y así como los sufrimientos de Jesús laceraron el corazón de su divina Madre, también nuestros corazones sintieron profundamente las heridas y las humillaciones de aquel a quien amábamos más que a nadie en la tierra.

Recuerdo que en el mes de junio de 1888 —en el momento en que temíamos que le sobreviniera una parálisis cerebral—, sorprendióse nuestra Madre al decirle yo: «Sufro muchísimo, Madre, pero veo que puedo sufrir más todavía». No presentía yo entonces la aflicción que nos aguardaba; no sabía que el 12 de febrero, un mes después de mi toma de hábito, apuraría nuestro venerado padre un cáliz tan amargo. ¡Ah, no dije ya entonces que podía sufrir más todavía! No intentaré describir nuestras angustias, pero no hay palabras para poder expresarlas.



SANTA TERESITA EN EL PATIO DEL
CARMEN, JUNTO AL CRUCIFIJO



VISTA GENERAL DEL CARMEN
DE LISIEUX
El patio interior con el Crucifijo.

25. Cuando estemos en el cielo, nos complacerá hablar de aquellos tristes días de la expatriación. Sí, los tres años de martirio que pasó nuestro padre, me parecen los más amables, los más fructuosos de nuestra vida; no los cambiaría por los más sublimes éxtasis; por esto, en presencia de tan inestimable tesoro, exclama mi corazón, lleno de agradecimiento: *Bendito seáis, Dios, mío, por esos años de gracias que pasamos en el dolor.*

¡Amadísima Madre mía, cuán preciosa y dulce fue nuestra *amarguísima* cruz, puesto que nuestros corazones sólo suspiraban de amor y agradecimiento! No andábamos ya, sino que corríamos, volábamos, por las sendas de la perfección.

26. Leonia y Celina no pertenecían ya al mundo, a pesar de vivir en él. Las cartas que nos escribían en aquella época están impregnadas de admirable resignación. ¡Qué ratos de locutorio pasaba yo con mi Celina! Las rejas del Carmen en vez de separarnos, nos unían más estrechamente. Los mismos pensamientos, los mismos deseos, el mismo amor a Jesús y a las almas nos animaban. Jamás se mezclaba en nuestra conversación una sola palabra de las cosas de la tierra. Como antes en los Buissonnets, perdiase, no ya nuestra vista, sino nuestro corazón, más allá de los espacios y del tiempo; y aquí en la tierra nos acogíamos al sufrimiento y al menosprecio para gozar muy pronto de la felicidad eterna.

27. Saciado estaba mi deseo de padecimientos, mas no por eso disminuyó un ápice el atractivo que para mí tenían; por eso compartió luego mi alma la tribulación del corazón y aumentó la sequedad, sin consuelo por parte del cielo y de la tierra. Con todo, en medio de aquella oleada del tribulaciones que yo misma había llamado con todos mis deseos, era la criatura más feliz.

28. De esta manera transcurrió el tiempo de mis des-

posorios divinos, desgraciadamente demasiado largo para mis deseos. Al finalizar el año, me dijo nuestra Madre que no pensara en hacer la profesión, porque el Superior se oponía formalmente a ello. ¡Y tuve que esperar ocho meses más! En el primer momento, se me hizo muy duro aceptar semejante sacrificio, pero pronto la luz divina iluminó mi alma.

29. Meditaba por aquel tiempo los *Fundamentos de la Vida Espiritual*, del P. Surin. Cierta día, durante la oración, comprendí que en aquel vehemente deseo mío de pronunciar votos, se mezclaba gran dosis de amor propio; ya que pertenecía a Jesús como su *juguetito* para consolarle y agradarle, no debía obligarle a que hiciese El mi voluntad, y no la suya. Entendía también que una desposada no agradaría a su esposo el día de sus bodas si no se presentaba ataviada de magníficos adornos, y yo no había trabajado todavía para lograr este fin. Entonces dije a Nuestro Señor: «Ya no os pido, Señor, que me dejéis profesar, esperaré todo el tiempo que querais; pero no podría soportar que mi unión con Vos fuese diferida por culpa mía. Por tanto, pondré toda mi solicitud en hacerme una túnica enriquecida con diamantes y pedrerías de todas clases; tengo la seguridad de que cuando la encontraréis bastante rica, nada os impedirá tomarme por esposa».

Y con renovado valor, puse manos a la obra. Desde la toma de hábito, había recibido ya abundantes luces sobre la perfección religiosa, particularmente respecto al voto de pobreza. Durante mi postulanteo, me gustaba tener los objetos de mi uso en buenas condiciones y hallar siempre a mano lo que me era necesario. Jesús me soportaba esto con paciencia, pues no quiere enseñárselo a las almas todo a la vez; ordinariamente las va iluminando poco a poco.

30. Al comienzo de vida espiritual, a los trece o ca-

torce años, me preguntaba qué adelantos podría hacer más tarde, pues creía entonces que era imposible comprender mejor la perfección; pero pronto eché de ver que cuanto más se avanza en este camino, más distante se cree uno del término. Ahora me resigno a verme siempre imperfecta, y aun encuentro mi alegría en ello.

31. Vuelvo a las lecciones que me dio nuestro Señor. Cierta noche, después de Completas, busqué en vano nuestra lámpara en los anaqueles destinados a colocarlas; era la hora del gran silencio, y me era imposible reclamarla. Supuse con razón que alguna hermana creyendo coger su linterna se había llevado la nuestra; mas por culpa de esa equivocación, ¿iba a pasar yo una hora entera en tinieblas? Cabalmente tenía intención de trabajar mucho aquella noche. Sin la luz interior de la gracia, seguramente me hubiera quejado; con ella, en vez de sentir pena, estuve dichosa, pensando en que la pobreza consiste, no solamente en verse una privada de las cosas agradables, sino también de las indispensables. Así, en las tinieblas exteriores se iluminó mi alma con claridad divina.

32. En aquel tiempo me entró verdadera afición por los objetos más feos e incómodos; por esto experimenté gran contento cuando me quitaron de la celda el lindo cantarito de que me servía, poniéndome, en cambio, uno grande y desportillado. Me esforzaba también mucho en no excusarme, lo cual era sumamente difícil, particularmente con nuestra Madre, a quien no hubiera querido ocultar cosa alguna.

Mi primera victoria en este particular no tuvo importancia, pero me costó mucho. Alguien, no sé quien, dejó detrás de una ventana un jarrito que apareció roto. Creyendo nuestra Madre que tenía yo la culpa de haberlo dejado rodar, me dijo que era muy desordenada y que otra vez tuviera más cuidado; en fin, pareció estar des-

contenta. Sin replicar palabra, besé el suelo y prometí después tener más orden en lo sucesivo. Dije ya que mi escasa virtud me hacía muy duras estas pequeñas prácticas, de modo que tenía que apelar al pensamiento de que en el día del Juicio todo se revelaría.

33. Aplicábame especialmente a practicar actos de virtud muy ocultos; por ejemplo, me complacía en doblar las capas olvidadas por las Hermanas, y buscaba mil ocasiones para hacerles algún servicio. Grande atractivo tenía también para mí la penitencia, pero no me era permitido satisfacerlo en nada. Las únicas mortificaciones que se me concedían consistían en mortificar mi amor propio, lo cual me era de más provecho que las penitencias corporales.

34. Entretanto, la Santísima Virgen me ayudaba a preparar la vestidura de mi alma y tan pronto como estuvo terminada, se desvanecieron los obstáculos, y fijóse mi profesión para el día 8 de septiembre de 1890. Todo cuanto acabo de decir en tan pocas palabras exigiría muchas páginas; pero tales páginas no se leerán jamás en la tierra...

CAPITULO VIII

BODAS DIVINAS.-RETIRO ABUNDANTE EN GRACIAS.
LA ULTIMA LAGRIMA DE UNA SANTA
MUERTE DE SU PADRE
COLMA NUESTRO SEÑOR TODOS SUS DESEOS
UNA VICTIMA DE AMOR

1. ¿He de hablarle, Madre mía, del retiro que precedió a mi profesión? En vez de encontrar consuelo, fue mi patrimonio la aridez más absoluta, rayana en abandono. Jesús, como siempre, dormía en mi navecilla. ¡Ah, cuán pocas veces le dejan dormir las almas tranquilamente en ellas! Está tan cansado este buen Maestro de cargar con todo lo que hay que hacer y de solicitarlas, que se apresura a aprovechar el descanso que le ofrezco. Probablemente no despertará hasta mi entrada en el gran retiro de la eternidad. No me aflige esto, antes al contrario, me da grandísimo contento.

2. En verdad que estoy muy lejos de ser santa y esta disposición de mi ánimo es prueba de ello. No debería regocijarme de mi sequedad, sino atribuirla a mi poco fervor y fidelidad; debería andar desolada de que me duerma muy a menudo durante mis oraciones y acciones de gracias. ¡A pesar de ello me aflijo! Pienso que los niños agradan a sus padres lo mismo durmiendo que despiertos; pienso que los médicos adormecen a sus enfermos para hacerles las operaciones; pienso, en fin, que *el Señor ve nuestra fragilidad y se acuerda de que no somos más que polvo.*

3. El retiro que precedió a mi profesión, fue, pues, lo mismo que los sucesivos, un retiro sumamente árido. Con todo, me eran revelados claramente los medios de agradar a Dios y de practicar la virtud sin darme yo siquiera cuenta de ello. Muchas veces he observado que Jesús no quiere darme provisión de alimento; me sustenta a cada instante con manjar del todo nuevo me encuentro en mí, sin saber cómo está ahí. Creo sencillamente que es el mismo Jesús que obra en mí de un modo misterioso, escondido en lo íntimo de mi pobre corazoncito, y me inspira todo lo que quiere que haga en el momento presente.

4. Algunas horas antes de mi profesión recibí de Roma, por conducto del venerado Hermano Simeón, la bendición del Padre Santo, de gran precio para mí, pues seguramente me ayudó a atravesar la más furiosa tempestad de toda mi vida.

En la piadosa velada que precede a la aurora del gran día y que tan dulce es de ordinario, parecióme de pronto mi vocación como un sueño, una quimera; el demonio —pues él era—, me inspiraba la seguridad de que la vida del Carmen no me convenía de ningún modo, y que al avanzar por un camino para el cual no me llamaba Dios, engañaba a los superiores. Tan densas llegaron a ser las tinieblas que me envolvieron, que sólo comprendí una cosa: puesto que no tenía vocación religiosa, debía volver al mundo.

¡Ah! ¿cómo expresar mis angustias? ¡Qué hacer ante tal perplejidad? Opté por el mejor partido: descubrir inmediatamente esta tentación a nuestra Maestra. La hice, pues, salir del coro, y, llena de confusión, le declaré el estado de mi alma. Afortunadamente, vio más claro que yo; se contentó con reírse de mi confidencia y me tranquilizó enteramente. Por otra parte, el acto de humildad que acababa de hacer, puso como por ensalmo en fuga al demonio; su deseo era impedirme confesar mi turbación

y enredarme de esta manera en sus lazos. Pero salió burlado, porque, a fin de completar mi humillación, quise también decírselo todo a nuestra Madre, y su consoladora respuesta acabó por disipar mis dudas.

* * *

5. Desde la mañana del 8 de septiembre inundó mi alma un río de paz; embebida en esta paz, que *excede a todo sentimiento*, pronuncié mis santos votos. ¡Cuántas gracias pedí! Sintíendome verdaderamente «reina» aproveché mi título para alcanzar todas las mercedes del Rey en favor de sus súbditos ingratos. A nadie olvidé; quería que aquel día se convirtieran todos los pecadores de la tierra, que no quedara en el purgatorio un solo cautivo. Lo que deseaba para mí estaba escrito en la siguiente esquelita que llevaba sobre mi corazón:

¡Oh, Jesús, divino Esposo mío, haced que mi vestidura bautismal no pierda jamás su blancura! Llamadme a Vos, antes de permitir que manche mi alma en la tierra la más ligera falta involuntaria. A Vos sólo os busqué siempre, y a Vos sólo os encuentre. Sean nada para mí las criaturas y nada sea yo para ellas. Que ninguna cosa de la tierra turbe.

¡Oh, Jesús, sólo os pido la paz!... La paz, y sobre todo el amor, un amor sin límites, sin medida. Haced que muera mártir por Vos, dadme el martirio del corazón o del cuerpo. ¡Ah, dadme mejor entrambos!

Haced que cumpla con toda perfección mis votos, que nadie se cuide de mí, que sea pisoteada y olvidada como un granito de arena. Me ofrezco a Vos, Amado mío, para que cumpláis perfectamente en mi nuestra voluntad, sin que jamás las criaturas sean obstáculo para ello.

6. Al finalizar aquel hermoso día, deposité sin tristeza ninguna mi corona de rosas, a los pies de la Virgen

Santísima, según se acostumbra hacer. Estaba convencida de que el tiempo no se llevaría mi felicidad... ¡La Natividad de María! ¡Qué hermosa fiesta para venir a ser esposa de Jesús! La Virgencita recién nacida presentaba su *flore-cita* al Niño Jesús. Todo era *pequeño* aquel día, excepto las gracias que recibí y la paz y el júbilo que respiraba mi alma al contemplar aquella noche las hermosas estrellas del firmamento, pensando que *pronto* subiría al cielo para unirme a mi divino Esposo en el seno de la alegría eterna.

* * *

7. El día 24 se celebró la ceremonia de la imposición del velo; esta fiesta fue *velada* toda ella por las lágrimas. Papá estaba demasiado enfermo para poder venir a bendecir a su reñecita; a última hora, el mismo Mons. Hugonin, que había de presidir, no pudo realizar sus deseos; a causa, en fin, de otras varias circunstancias, todo fue amargura y tristeza... Sin embargo de esto, la paz, siempre la paz, se hallaba en mí en el fondo del cáliz. Pero ese día mi Jesús no quiso que yo pudiese contener mi llanto y... mis lágrimas fueron mal interpretadas. En efecto; había yo soportado sin llorar pruebas mucho mayores; pero entonces estaba asistida por una gracia omnipotente, mientras que en aquel día 24, Jesús me dejó abandonada a mis propias fuerzas y mostré cuán pequeñas eran.

8. Ocho días después de la imposición del velo, se desposó nuestra prima Juana Guérin con el doctor La Néele. Cuando, al visitarme después, la oí hablar de las atenciones que procuraba rodear a su marido, sentí mi corazón estremecerse: «No se dirá —pensé— que una dama del mundo haga por agradar a su esposo, que es un simple mortal, más que yo por mi amadísimo Jesús». Y enardecida por nueva llama de amor, me esforcé más que

nunca por agradar en todas mi obras al Esposo celestial, al Rey de los reyes, que había tenido la dignación de elevarme hasta sus divinos desposorios.

9. Poco después vi la tarjeta con que daban parte del enlace y me entretuve en componer la invitación siguiente, que leí a las novicias, a fin de hacerles notar lo que tanto me había impresionado a mí misma; cuán miserable es la gloria de las uniones en la tierra, si se comparan con los títulos de una esposa de Jesús.

«EL DIOS TODOPODEROSO, Criador del cielo y la tierra, Dueño Soberano del Universo, y LA GLORIOSISIMA VIRGEN MARIA, Reina de la Corte Celestial, se dignan participar a V. V. el efectuado desposorio espiritual de su agosto Hijo Jesús, Rey de Reyes y Señor de los señores, con TERESITA MARTIN, hoy ya Señora y Princesa de los Reinos aportados como dote por su divino Esposo, a saber, la Infancia de Jesús y su Pasión, de donde le vienen sus títulos de nobleza DEL NIÑO JESUS Y DE LA SANTA FAZ.

No habiendo sido posible invitar a VV. a la fiesta de sus bodas, celebradas en la Montaña del Carmelo el 8 de septiembre de 1890, pues sólo la Corte Celestial fue admitida a la ceremonia, quedan con todo invitados a la *Tornaboda*, que tendrá lugar *mañana*, día de la Eternidad, cuando Jesús, Hijo del Eterno, venga sobre las nubes del cielo, en el esplendor de su majestad a juzgar a los vivos y a los muertos. No estando todavía señalada la hora, quedan invitados a permanecer dispuestos y a velar».

* * *

10. En el año que siguió a mi profesión, recibí grandes gracias durante los Santos Ejercicios de Comunidad. Ordinariamente, los Ejercicios espirituales predicados me son muy penosos, pero aquella vez me ocurrió todo lo contrario. Me preparé por medio de una fervorosa nove-

na; itanto creí que iba a padecer! Me había dicho que el R. P. servía más bien para convertir pecadores que para hacer progresar a las almas religiosas. Soy, pues, una gran pecadora, puesto que Dios se sirvió de aquel santo religioso para consolarme.

11. Me afligían entonces toda clase de penas interiores, que me sentí incapaz de declarar, y he aquí que mi alma se dilató perfectamente; fui entendida de un modo maravilloso, y hasta adivinada. Lanzóme el Padre a velas desplegadas por las ondas de la confianza y del amor, que tanto me atraían sin osar yo avanzar por ellas. Me dijo que mis faltas nos apenaban a Dios: «En este instante ocupo su lugar —añadió—; pues bien, le aseguro en su nombre que está muy satisfecho del alma de usted». «¡Oh, qué dicha tan grande fue la mía al oír tan consoladoras palabras! Jamás había oído decir que las faltas pudieran no apenar a Dios. Esta seguridad me colmó de gozo y me hizo soportar con paciencia el destierro de la vida. Tal era, por otra parte, el eco de mis pensamientos íntimos.

12. Sí, creía hacía ya mucho tiempo, que el Señor es más tierno que una madre, y conozco a fondo más de un corazón de madre; sé que una madre está siempre dispuesta a perdonar las pequeñas desatenciones involuntarias de su hijo. ¡Cuántos dulces experimentos he hecho de ellos! Ningún reproche me hubiera hecho tanto efecto como una sola de vuestras caricias, pues soy de un genio tal, que el temor me hace retroceder, mientras que con el amor, no sólo adelanto, sino que vuelo.

* * *

13. Dos meses después de ese bendito retiro, nuestra venerada Madre fundadora, Genoveva de Santa Teresa, dejó nuestro humilde Carmen para entrar en el Carmen de los cielos.

Pero antes de hablar de las impresiones que me causo su muerte, quiero decirle, Madre mía, mi dicha por haber vivido años junto a una santa, no inimitable, pero sí santificada por virtudes escondidas y ordinarias. Más de una vez recibí de ella grandes consuelos.

14. Un domingo, al ir a hacerle mi habitual visita en la enfermería, la encontré en compañía de dos Hermanas antiguas; iba a retirarme discretamente, cuando oí que me llamaba, y con semblante inspirado me dijo: «Espere un poco, hijita mía, sólo tengo que decirle una palabrita: me pide siempre un ramillete espiritual; pues bien, hoy voy a darle éste: *Sirva a Dios con paz y alegría; tenga presente, hija mía, que nuestro Dios es el Dios de la paz*».

Dile las gracias con sencillez, y salí con lágrimas en los ojos, convencida de que Dios le había revelado el estado de mi alma, la cual se hallaba aquel día en extremo atribulada, casi triste, y en una oscuridad tan densa, que ya no sabía si Dios me amaba. Bien podría figurarse V. R., amada Madre, el gozo y el consuelo que sucedieron a aquellas tinieblas...

15. Quise averiguar el domingo siguiente la revelación que había tenido la Madre Genoveva; pero ella me aseguró que no había recibido ninguna, y entonces creció mi admiración al ver cómo vivía Jesús en su alma en grado tan eminente, haciéndola obrar y hablar. ¡Ah, aquella santidad a mi parecer, es la más verdadera y la más *santa*: es la que anhelo, pues no cabe en ella la menos ilusión!

16. El mismo día de que aquella venerada Madre trocó este valle de destierro por la verdadera Patria, recibí una gracia muy singular. Era la primera muerte que presenciaba, y en verdad que el espectáculo era encantador. Pero durante las dos horas que permanecí al lado del lecho de la santa moribunda, se apoderó de mí una especie

de insensibilidad que me apenaba cuando, en el mismo instante en que nuestra Madre nació para el cielo, cambió completamente mi disposición interior. Súbitamente, me sentí inundada de alegría y fervor indecibles; parecía que el alma bienaventurada de nuestra santa Madre me hubiese dado en aquel momento una parte de la felicidad de que ella gozaba ya, pues estoy persuadida de que fue derecha al cielo.

Durante su vida le dije un día; «¡Oh Madre mía lo que es V. R. no irá al purgatorio!». «¡Así lo espero!» —me respondió con dulzura—. Seguramente no pudo Dios frustrar una esperanza tan llena de humildad; las muchas gracias que hemos recibido son prueba de ello.

17. Todas las Hermanas se apresuraron a reclamar alguna reliquia de nuestra venerada Madre; Vuestra Reverencia sabe, Madre mía, la que conservo yo como cosa preciosísima. Durante su agonía vi brillar una lágrima en sus párpados, como un hermoso diamante. La última lágrima que derramó en la tierra no se desprendió. Brillaba aún cuando expusieron sus restos mortales en el coro. Tomando entonces un lienzo fino, y de noche, sin ser vista de nadie me atreví a acercarme; así es que tengo ahora la felicidad de poseer la última lágrima de una santa.

18. No concedo importancia ninguna a mis sueños; además, raras veces los tengo simbólicos; por esto me admira que, pensando todo el día en Dios, no acuda este pensamiento con más frecuencia a mi mente cuando duermo. Ordinariamente sueño en bosques, flores, arroyos y en el mar. Casi siempre veo hermosos niños, y cojo mariposas y pájaros, como jamás he visto. Ya ve, Madre mía, que si mis sueños tienen cierta apariencia poética, están muy lejos de ser místicos.

Una noche, después de la muerte de la Madre Genoveva, tuve uno más consolador. Soñé que aquella santa Ma-

dre repartía entre nosotras los objetos que le habían pertenecido; al llegar mi turno, creí que me quedaría sin nada, pues sus manos estaban vacías; pero mirándome con ternura, me dijo tres veces: *A vuestra Caridad le dejo mi corazón.*

* * *

19. Un mes después de una muerte tan preciosa ante Dios, es decir, al terminar el año 1891, una epidemia de gripe atacó nuestra Comunidad: yo lo pasé muy leve, de modo que pude mantenerme en pie con otras dos Hermanas. Es imposible imaginar el cuadro desolador que ofrecía nuestro convento en aquellos días de duelo. Las enfermas más graves eran cuidadas por las que apenas podían arrastrarse; la muerte reinaba en todas partes, hasta tal punto que apenas exhalaba el último suspiro alguna de nuestras Hermanas, forzosamente teníamos que abandonarla en seguida.

El día que cumplí diecinueve años fue entristecido con la muerte de nuestra venerada Madre Subpriora, a quien asistí en su agonía junto con la enfermera. A esta muerte siguieron dos más. Hallábame entonces sola en la sacristía, y me pregunto hoy cómo pude atender a todo.

Una mañana, al despertar, tuve el presentimiento de que Sor Magdalena había dejado de existir. El dormitorio estaba sumido en la más completa oscuridad; nadie salía de las celdas. Me decidí a entrar en la de Sor Magdalena, y, en efecto la encontré vestida y acostada en su jergón, con la rigidez de la muerte. No me causó ningún temor; corrí a la sacristía y traje al punto un cirio y le coloqué en la cabeza una corona de rosas. En medio de aquel desamparo sentía la mano de Dios, su Corazón que velaba por nosotras.

Con la mayor naturalidad dejaban esta vida nuestras queridas Hermanas; iluminando su rostro una alegría celestial, parecían descansar en suavísimo sueño.

20. Durante aquellas largas semanas de aflicción, tuve el inefable consuelo de comulgar diariamente. ¡Qué felicidad tan grande! Jesús me prodigó sus mimos durante largo tiempo, más tiempo que a sus fieles esposas, porque, después de la epidemia, continuó dándose a mí varios meses, sin que la Comunidad compartiera mi dicha. No había pedido yo tal excepción; pero muy dichosa estaba de unirme cada día a mi Amado.

Dichosa estaba también de poder tocar los vasos sagrados y preparar los lienzos destinados a recibir a Jesús. Comprendí que había de ser muy fervorosa, y recordaba a menudo estas palabras dirigidas a un santo diácono: «Sed santos, vosotros que tocáis los vasos del Señor».

21. ¿Qué le diré, Madre mía, de mis acciones de gracias en aquel tiempo y siempre? Es éste el momento en que menos consuelo recibo. ¿Y no es esto muy natural, puesto que no deseo la visita de Nuestro Señor para satisfacción mía, sino únicamente para que El goce?

Me represento mi alma como un terreno libre, y pido a la Virgen Santísima que quite de ella los escombros, que son las imperfecciones, y prepare ella misma un vasto pabellón digno del cielo, engalanándolo con sus propios adornos. Invito luego a todos los ángeles y a los santos a que vengan a entonar cánticos de amor; con este magnífico recibimiento me parece que Jesús quedó contento, y comparto yo también su gozo.

No quita todo esto que las distracciones y el sueño vengan a importunarme; por eso no pocas veces tomo la resolución de continuar mi acción de gracias durante todo el día, puesto que tan mal la hice en el coro.

22. Ya ve, Madre querida, que estoy muy lejos de andar por el camino del temor; encuentro siempre modo de ser feliz y de aprovecharme de mis miserias. El mismo Señor me impele por esta vía.

Una vez, contra mi costumbre, me sentía turbada al acercarme a comulgar. Muchos días hacía que, por escasear las hostias, recibía solemnemente una parte de la sagrada forma; aquella mañana hice la siguiente reflexión, de muy poco fundamento por cierto: «Si no recibo hoy más que la mitad de una hostia, será señal de que Jesús viene con disgusto a mi corazón». Me adelanto... y ¡oh felicidad!, se detiene el sacerdote y me da *dos hostias perfectamente separadas*. ¿No era esto una dulce respuesta?

23. ¡Ay, Madre mía, cuántos motivos para ser agradecida a Dios! Voy a hacerle otra ingenua confidencia: el Señor me mostró la misma misericordia que al rey Salomón; colmó todos mis deseos: no sólo los de perfección, sino también aquellos cuya vanidad comprendía sin haberla experimentado. Habiendo mirado siempre a V. R. como mi modelo, quise asemejarme en todo; por esto, al ver que pintaba preciosas miniaturas y componía poesías, pensé que sería grande mi dicha si pudiera también pintar, expresar mis pensamientos en verso, y hacer el bien en torno mío. Pero no hubiera querido pedir aquellos dones naturales, y mis deseos quedaban ocultos en el fondo de mi corazón.

Jesús, que vivía también escondido en este pobre corazoncito, se complació en mostrarle una vez más la nada de todas las cosas pasajeras. Con gran extrañeza de la Comunidad, llevé a buen término varias obras de pintura, compuse poesías y tuve la dicha de hacer bien a algunas almas. Y así como Salomón, *al considerar las obras de sus manos en las que había empleado trabajo tan penoso e inútil, vio que todo es vanidad y aflicción de espíritu bajo el sol*, supuse por experiencia que la única felicidad que existe para el hombre en la tierra consiste en ocultarse, en permanecer en completa ignorancia de las cosas creadas. Comprendí que sin amor, todas las obras, aún las más extraordinarias, no son más que nada, y esos dones que me ha prodigado el Señor, en vez de dañarme y

herir mi alma, me llevan hacia El; sí, veo que El solo es inmutable, el único capaz de colmar mis inmensos deseos.

24. Mas ya que estoy en el capítulo de mis deseos, diré que hay otros, de diferente género, que el divino Maestro se complació en satisfacer también; deseos infantiles, parecidos al *de la nieve* del día de mi toma de hábito. Ya conoce V. R., Madre mía, mi predilección por las flores. Al encerrarme prisionera a los quince años, renuncié para siempre a la felicidad de correr por los campos esmaltados con los tesoros de la primavera. Pues bien: inunca tuve tantas flores como desde mi entrada en el Carmen!

Es costumbre en el mundo que los desposados obsequien a sus prometidas con lindos ramilletes; no olvidó esto Jesús... Con gran profusión recibí para su altar todas las flores que más me embelesan; acianos, amapolas, margaritas de las grandes. Sólo faltaba que acudiera a la cita una de mis florecitas más preferidas: la neguilla, que crece en el trigo; deseaba mucho volver a verla, y he aquí que últimamente vino a sonreirme y demostrarme que, sin esperar a la otra vida, da Dios el ciento por uno, tanto en las grandes cosas como en las que carecen de importancia, a las almas que lo abandonan todo por su amor.

25. Quedábame sin realizar el más íntimo y, por muchos motivos, el más difícil de mis deseos: la entrada de Celina en el Carmen de Lisieux. No obstante ello, ya había consumado el sacrificio de semejante anhelo, confiando sólo a Dios el porvenir de mi querida hermana. Me resignaba a que se alejara, hasta el fin del mundo si fuera precios; pero quería verla, como yo, esposa de Jesús. ¡Ah! ¡cuánto me atormentó el saber que estaba expuesta en el mundo a peligros que para mí habían sido desconocidos! Puedo decir que mi cariño fraternal se asemejaba más bien al amor de una madre; me sentía llena de abnega-



SANTA TERESITA EN EL JARDIN
DEL CARMEN
Epoca de su enfermedad.



«Yo quisiera ser el cáliz
de espléndida pedrería,
donde en especies de vino
está la Sangre divina.»

ción y solicitud por su alma.

Cierto día tuvo que ir con mi tía y mis primas a una reunión mundana. No sé por qué experimenté mayor pena que nunca; derramé abundantes lágrimas y supliqué a Nuestro Señor que la *impidiese bailar...* Así sucedió, en efecto. No permitió el Señor que su prometida bailase aquella noche, y por cierto que de ordinario lo hacía con mucha gracia. El que debía bailar con ella encontré también imposibilitado y no pudo hacer otra cosa que *pasear religiosamente con la señorita*, con no poca extrañeza de toda la concurrencia. Después de lo cual se eclipsó el pobre señor lleno de vergüenza y no se le volvió a ver en toda la noche. Esta aventura singular aumentó en mí la confianza y me mostró claramente que la señal de Jesús estaba también puesta en la frente de mi amadísima hermana.

* * *

26. El día 29 de julio del año pasado llamó el Señor a su gloria a nuestro buen padre, tan probado y tan sano. Durante los dos años que precedieron a su muerte, mi tío lo tuvo en su casa, rodeando su dolorosa vejez de toda clase de atenciones. A causa de la impotencia a que quedaba reducido, sólo una vez le vimos en el locutorio durante el curso de su enfermedad. ¡Qué entrevista aquélla! ¡V. R. se acuerda, Madre mía! Al momento de separarnos, como nos despidiéramos diciéndole: «¡Hasta la vista!», alzó los ojos, y señalándonos el cielo con el dedo, permaneció así largo rato expresando su pensamiento con estas únicas palabras pronunciadas con voz embargada por el llanto: «¡En el cielo!»

27. Ya en posesión de este hermoso cielo, quedaban rotas las ligaduras que retenían en el mundo a *su ángel consolador*. Mas los ángeles no se quedan en la tierra; en cuanto han cumplido su encargo, al punto vuelven a

Dios; para ello tienen alas. Por eso Celina intentó volar al Carmen, pero desgraciadamente las dificultades parecían insuperables, embrollándose sus asuntos cada vez más. Dije un día a Nuestro Señor, después de la Comunión: «Vos sabéis, Jesús mío, cuánto he deseado que la tribulación de mi padre le sirviera de purgatorio. ¡Oh, cuánto quisiera saber si mis deseos han sido atendidos! No os pido que me habléis: tan sólo os pido una señal. Conocéis la oposición de Sor*** a la entrada de Celina; pues si desde este momento no pone ningún obstáculo, ésta será vuestra respuesta; con esto me diréis que mi padre ha ido derecho al cielo».

28. ¡Oh, misericordia infinita! ¡Oh, inefable condescendencia! Dios, que tiene en su mano el corazón de las criaturas y lo inclina como quiere, cambió las disposiciones de aquella Hermana. Ella fue la primera persona que vi después de mi acción de gracias; me llamó, y con lágrimas en los ojos, me habló de Celina, demostrándome vivísimos deseos de verla entre nosotras. Pronto Su Excelencia Ilustrísima allanó las últimas dificultades, permitiéndole, Madre mía, que sin dilación abriera nuestras puertas a la palomita desterrada.

29. Ahora yo ya no tengo ningún deseo, si no es de amar a Jesús con locura. Sí, sólo el Amor me atrae. No deseo ya el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos. Durante mucho tiempo los he llamado como mensajeros de alegría... ¡Estuve en posesión del dolor, y creí tocar la ribera del cielo! Desde mi tierna juventud estoy en la persuasión de que la *floreilla* será cortada en su primavera; hoy sólo me guía la absoluta confianza en Dios; no tengo otra brújula. No sé ya pedir nada con ardor, excepto el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios en mi alma. Puedo decir aquellas palabras del cántico de nuestro padre San Juan de la Cruz:

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí, que antes seguía.

.....
Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio;
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio
Que ya *sólo en amar es mi ejercicio.*

o bien este otro:

Hace tal obra *el amor*,
Después que le conocí,
Que, si hay bien o mal en mí,
Todo lo hace de un sabor
Y al alma transforma en sí.

¡Oh, Madre mía, qué suave es el camino del *amor*! Es indudable que se puede caer y cometer infidelidades; pero el amor sabe *sacar partido del todo*, y presto consume *todo* lo que pueda desagradar a Jesús, dejando tan sólo en el fondo del corazón una paz humilde y profunda.

30. ¡Ah, cuántas luces he sacado de las obras de San Juan de la Cruz! A la edad de diecisiete y dieciocho años, fue éste mi único alimento. Pero después, los autores espirituales me dejaron en la más completa aridez, y todavía permanezco en esta disposición. Si abro un libro, aunque sea el más hermoso y conmovedor, se me oprime el corazón al momento, y leo sin comprender, o, si comprendo, se detiene mi espíritu sin poder meditar.

En esta impotencia acuden a mi socorro la Sagrada Escritura y la Imitación de Cristo; en ellas encuentro un

maná escondido, sólido y puro. Pero el Santo Evangelio, más que ningún otro libro, mantiene mi oración; en él bebe a su sabor mi pobrecita alma. Cada vez descubro nuevas luces, ocultos y misteriosos significados. Comprendo y sé por experiencia *que el reino de Dios está dentro de nosotros*.

Jesús no necesita de libros ni doctores para instruir a las almas; El, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras. Nunca le oí hablar, pero sé que está en mí. En todos los instantes me guía y me inspira; y precisamente en el momento en que las necesito es cuando descubro claridades desconocidas hasta entonces. Regularmente no brillan a mis ojos en las horas de oración, sino en medio de las ocupaciones del día.

31. ¡Oh, Madre mía! Después de haber recibido tantas gracias ¿no puedo cantar con el Salmista *cuán bueno es el Señor, cuán eterna es su misericordia*? Creo que si todas las criaturas recibieran los mismos favores, Dios no sería temido por nadie, sino *amado* hasta con exceso; por amor y no por temor, nadie cometería jamás la menor falta voluntaria.

Pero comprendo que todas las almas no pueden parecerse; ha de haberlas de diferentes clases, para honrar especialmente cada una de las perfecciones divinas. A mí dióme su MISERICORDIA INFINITA, y a través de este inefable espejo, contemplo sus demás atributos. Todos así me parecen radiantes de *Amor*; la misma *justicia*, más quizá que ningún otro, me parece revestida de *amor*. ¡Qué dulce alegría la de pensar que el Señor es justo, es decir, que toma en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza! ¿Qué temer, pues? Dios, infinitamente justo, que se digna perdonar con tanta misericordia las culpas del hijo pródigo, ¿no será también *justo* conmigo que *estoy siempre junto con El*?